



La Mujer DE MIS PESADILLAS



ALMA LAWSON

© ALMA LAWSON

TÍTULO: *La mujer de mis pesadillas*

PRIMERA EDICIÓN: JUNIO, 2024

SELLO: *Independently published*

DISEÑO DE PORTADA: *vip.servicioseditoriales*

DISEÑO DE INTERIOR: *vip.servicioseditoriales@gmail.com*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin autorización previa y por escrito de la titular de este copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

SINOPSIS

¿Cuál creen que es la mayor estupidez amorosa que comete una mujer?

Enamorarse implica demasiados problemas. De inmediato, nuestra cabeza vuela hacia el sendero del matrimonio cuando conocemos al prototipo de hombre que creemos es el indicado y perfecto para compartir nuestra vida.

No me van a negar que, cuando nos enamoramos y todo comienza, creemos que el hombre en cuestión es perfecto. Nos hacemos ilusiones y si todo resulta un fiasco, lloramos y nos lamentamos viendo películas románticas con un pote de helado, hasta que llega otro hombre que nuevamente nos saca chispas.

La cuestión es que he pasado por esa transición más veces de las que puedo contar con los dedos de ambas manos y me he desilusionado en un pestañeo las misma veces, porque, como bien decía mi difunta abuela, caballo que va rápido no es fácil de conocer y cae más rápido un hablador que un cojo.

Así que, terminar relaciones con potenciales candidatos que resultaban ser un completo fraude, se convirtió por unos años en mi pasatiempo favorito. Y no porque quisiera, sino porque simplemente no estaba dispuesta a compartir mi vida con alguien que no reuniera lo fundamental para hacerme feliz, solo para evitar que me llamaran solterona amargada en los eventos familiares.

Sin embargo, encontré al hombre perfecto en el lugar donde menos esperaba: en la escuela de mi pequeña sobrina, a la que había ido a recoger porque a mi hermana no le convenían los tiempos.

Por accidente tomamos los abrigos equivocados de las niñas y tuvimos que regresar al salón para hacer el intercambio. Fue en ese momento cuando Alex, un hombre moreno de ojos claros, fuerte en todos los sentidos y divorciado, se metió por completo en mi cabeza.

Se las ingenió para acceder a los registros de padres, confabulándose con mi cuñado para que le diera mi número de móvil. Comenzaron las llamadas, las citas, las salidas al cine, a cenar, las flores, los chocolates y después de dos meses, llegó por fin la declaración de amor.

Estaba feliz. Había cumplido los veintiocho años y al fin sentía que estaba avanzando realmente en el plano amoroso.

Conocí a su pequeña hija, y hasta a veces pasábamos tiempo juntos.

La relación se iba tornando seria, las cosas iban mejor de lo que esperaba y Alex se convirtió en el centro de mi vida, en la razón de mis sonrisas.

Sabía que había estado casado durante ocho años con la madre de su hija, y que las cosas no terminaron bien pero que con el tiempo y por la niña, habían limado asperezas.

Ambos nos complementábamos de una manera única y me había enamorado perdidamente de aquel hombre, como sentía él lo hacía también conmigo.

A los siete meses de estar saliendo juntos, me pidió que me mudara con él y dos meses más tarde, me pidió matrimonio.

Mi familia estaba más feliz que yo porque me creían un caso perdido para el mercado matrimonial, y yo era dichosa porque Alex era el hombre perfecto para mí en todos los sentidos. Jamás había sido tan feliz como en todos esos meses.

Pero...

Sí, sí, sí... siempre existen peros en las cosas buenas porque no todo es perfecto.

Pero entonces, por fin y después de todo ese tiempo oyendo solamente su nombre, conocí a Laura, la ex esposa de Alex y madre de Elenita.

Creí, que como me casaría con el padre de su hija, estaba en todo su derecho conocerme y saber cosas de mí.

Sin embargo, lo que menos quería esa mujer conmigo era llevar la fiesta en paz por su niña o por ella misma, porque más pronto que tarde, me di cuenta que Laura solo apareció en mi puerta para hacerme la vida de cuadritos y convertirse en la mujer de mis pesadillas.

Fue entonces cuando comprendí, que la peor estupidez amorosa que cometí, fue haberme enamorado de un hombre con mucho pasado.

CONTENIDO

[SINOPSIS](#)

[PARTE 1](#)

[PARTE 2](#)

[PARTE 3](#)

PARTE 1

Lía

—Por Dios, Lía, ¡quitas las manos de esos bocadillos o no entrarás en el vestido! —gritó mi madre, quitándome de las manos el pasabocas que servirían en mi boda.

—¡Mamá! ¿Cómo sabré si son adecuados, si no los puedo probar?

—Para eso están las damas de honor y tu madre, por supuesto. Además, Alex debería estar aquí. ¿Qué ocurre con él? Últimamente no colabora en nada que tenga que ver con los preparativos de la boda.

—Tuvo que ir a ver a la niña. Laura llamó, diciendo que estaba atravesando una crisis de alergias y necesitaba llevarla al hospital.

—¡Que oportuno! —dijo con ironía llamando mi atención.

—¿Qué insinúas, mamá?

—Que si no te pones lista, Lía, esa tal Laura no solo echará a perder tu boda, sino también tu matrimonio... claro, ¡si llega a darse que se casen!

—Yo confío en Alex, mamá.

—Yo también, hija, pero en esa tal Laura ¿confías? —resopló, negando—. Déjame decirte que me da muy mala espina.

—No puedo prohibirle que la vea o le hable. Es la madre de su hija.

—Pero tienes que encontrar la forma de que no se entrometa entre ustedes. No sé, algo...

—Hablaré con Alex, aunque no creo lograr nada. No puede evitarla.

—Yo creo que esa mujer sigue teniéndolo como si fuera su esposo —intervino Maira, mi hermana—. Tienes que ponerle límites a Alex y sobre todo a su ex, Lía. Solo falta que el día de la boda llegue tarde, porque a la niña se le ocurrió tener una de sus tantas alergias demasiados convenientes.

—¡Por Dios, Maira! Alex no antepondría a Laura sobre mí. Solo cumple su rol de padre.

—¡Tu avispada, Lía! Que, si sigues siendo así de ingenua, la que terminará en el altar con Alex será de nuevo su ex.

Suspiré con la cabeza liada, llena de cosas que sabía no tenían sentido porque Alex jamás me traicionaría. Él no era así.

Esa noche era demasiado tarde y no había respondido a ninguna de mis llamadas. Estaba tan preocupada que no me quedó más remedio que llamar a Laura para preguntar si las cosas con la niña habían empeorado.

—Hola Laura, lamento molestarte, pero me gustaría saber si Alex se encuentra con la niña y si ha empeorado. He tratado de hablarle pero no responde.

—*Lía, ¿cómo estás? Pues no. De hecho, hoy no he visto a Alex, aunque hablé para preguntar por la niña.*

De inmediato, en mi pecho se instaló una rara sensación.

—Lamento haberte molestado, y espero que Elenita se encuentre mejor. Adiós, Laura.

—*Adiós, Lía.*

¿Alex me mintió?

No podía ser. Tal vez, estaba planeando alguna sorpresa para mí. Sí, tenía que ser eso porque era la única explicación. De inmediato, sentí cómo abrían la puerta del departamento y Alex entraba un tanto molesto.

—Lamento mucho la hora, cielo —habló, acercándose a mí y depositando un suave beso en mis labios—. Tuve muchos problemas con la niña y con... su madre —masculló con molestia.

—Alex, acabo de hablar con Laura y dijo que no estuviste en su casa, ¿eso es verdad?

—¿Por qué Laura diría eso? —respondió con clara confusión.

—Pues, no lo sé. Dímelo tú —me crucé de brazos, aguardando su explicación.

—Debiste haberla entendido mal, porque vengo de su casa —dijo con seguridad, mientras se quitaba la chaqueta—. ¿No me dirás que estás pensando que miento, Lía? Sabes que a estas alturas, con treinta y ocho años, ya no estoy para esas tonterías de jugar al cazador, cariño.

Suspiré resignada porque le creía. Siempre le creía, y bajé los ojos al piso, pensando en el motivo de Laura para haber mentido.

¿Y si mi madre tenía razón?

¿Y si Laura de verdad pretendía arruinar mi matrimonio?

No. Eso era imposible.

Laura no era la persona más dulce del mundo, pero no la veía como una loca tratando de arruinar la boda de su ex, por Dios. ¿Por qué lo haría?

Alex se hacía cargo de la niña siempre en todo lo que le correspondía, y pensándolo bien,

pasaba más tiempo en casa de Laura que en el piso que compartíamos.

Ni bien recibía una llamada de su parte, salía corriendo para resolver los problemas que tenían ella y la niña. ¿Cuál sería su afán por joderle la existencia?

¿Sería posible que siguiera enamorada?

Tampoco lo creía...

Por Dios... que entre lo que dijo Laura y las cosas con las que Maira y mi madre me llenaron la cabeza, no sabía qué pensar.

—Hey, cariño, ¿qué ocurre? —mi sensual prometido acercó su cuerpo musculoso al mío, rodeando mi cintura con esos fuertes brazos. Levanté el rostro y reposó su frente sobre la mía.

—¿Crees que Laura sigue enamorada de ti, Alex? —pregunté de manera directa y solo se echó a reír.

—Definitivamente no, cariño. ¿De dónde has sacado esa tontera y a estas alturas?

—De que siempre busca fastidiar los momentos importantes con lo de las alergias de la niña, y ya no sé qué pensar con eso que ha dicho, de que tú no estuviste con ellas el día de hoy.

—Creo que te has confundido con lo que oíste. —Negué con la cabeza—. Para que veas que estoy diciendo la verdad, y solo por esta vez, Lía, porque detesto estas escenas, la llamaré para que te convenzas de que no te miento.

Se separó de mi cuerpo y del bolsillo de su pantalón sacó el móvil, marcando un número y poniéndolo en el altavoz. Al tercer repique, Laura contestó.

—*¿Te has olvidado de algo, Alex?* —preguntó con extremada suavidad para mi sorpresa.

—Acabo de llegar a casa y creo que dejé las llaves en el buró, ¿puedes ver si están allí? —respondió Alex, de manera neutra.

—*No las encuentro, Alex.*

Alex me vio enarcando una ceja, como si me dijera que no había mentido.

—¿Me puedes explicar por qué le has dicho a Lía que no estuve contigo y con la niña en el día? Me he pasado como un loco por tus tonteras. ¿Por qué le mentiste a Lía, Laura?

—*Lo... lo lamento Alex, pero yo no dije eso. Seguramente, Lía, a quien escuché bastante preocupada, malinterpretó mis palabras.*

—Eso pensé... —dijo Alex, fastidiado.

—*Discúlpame con ella, pero con lo de la niña estoy exhausta. Lamento si te metí en problemas.*

—No te preocupes, adiós.

—*Adiós, Alex. Salúdame a Lía.*

Alex lanzó el móvil sobre el sofá y se acercó molesto a mí. Afianzó sus brazos a mi cintura, y repasó mi boca con los ojos. De improviso, apresó mis labios con furia y rodeé su cuello con mis brazos.

—¿Mi futura esposa ahora me cree? —preguntó con voz ronca, mientras mordisqueaba mis labios.

—Sí...—susurré sobre su boca.

—Escúchame bien, Lía... —murmuró en mi oído, mientras succionaba el lóbulo de mi oreja y yo emitía gemidos de placer—. Detesto que no me creas, porque jamás te mentiría.

—Lo... —comenzó a bajar por mi cuello, succionando y chupeteando mi carne en ese lugar—. ¡Ahhh! —grité, y Alex clavó sus dedos en mis glúteos, obligándome a enrollar mis piernas a su cintura.

—¿Qué querías decir?

—Lo lamento, Alex —gemí, mientras el caminaba conmigo a cuestas hacia nuestra habitación y yo desabotonaba a duras penas y con prisa su camisa.

—Pero que no se remita... —replicó mientras mordía mi labio inferior y me tumbaba sobre la cama.

Me deleité en cómo se despojaba de sus prendas sin dejar de verme con esos ojos del infierno, y me apresuré a quitarme el diminuto camisón que llevaba puesto.

—Yo te desnudaré, mantén quietas tus manos, Lía —habló, mientras subía a la cama completamente desnudo y se metía entre mis piernas, separándolas con las suyas. De inmediato, rasgó por completo mi ropa, dejándome expuesta en una diminuta braga roja—. ¡Dios, Lía...! —vociferó con voz gruesa, abalanzándose sobre mis senos y devorándolos con su boca.

—Alex... —murmuré, mientras sus manos se pasaban por debajo de mis glúteos, acomodándose a él y hundiéndose en mí de una sola estocada—. ¡Por Dios, Alex...! —grité extasiada, febril por cómo se movía dentro de mí.

—Este es tu castigo por desconfiar del hombre que más te ha amado en su vida —susurró,

mientras sus embistes aumentaban la velocidad y concentraban esa sensación inigualable en mi vientre, haciendo que estallara y viera miles de estrellas de colores, siguiéndome él mientras sentía como su cuerpo temblaba sobre el mío.

—Pues si será así, castígame todas las veces que quieras, Alex.

—Y tú, enfádate más a menudo que me vuelves loco cuando en tu boquita se forma esa mueca de fastidio —dijo divertido, sin salirse de mí.

—¡Alex! ¿Qué haré contigo?

—Amarme, Lía —respondió, viéndome con fijeza a los ojos mientras sus dedos acariciaban mis labios—. Amarme y confiar en mí, porque te aseguro que sería incapaz de amar a otra mujer como te amo a ti y mucho menos, de mentirte. Sabes que odio las mentiras.

—Está bien, cariño y lo lamento. ¿Sabes que te amo?

—Pues hace unos minutos me entraron las dudas.

—¿Y no se te han ido aún? —pregunté de manera coqueta, mientras succionaba uno de sus dedos.

—Creo que aún falta un poquito para que se me quite. Tal vez... pudieras convencerme de que estás loca por mí... ahora —sentí como volvía a ponerse duro y se movía de manera suave dentro de mí.

—Será todo un placer —repliqué, y en un ágil movimiento, me tenía ya montada sobre él, con sus manos en mis caderas, moviéndome a su ritmo y amándonos apasionadamente.

A la mañana siguiente quedamos con Alex en que pasaría por mí al trabajo para que fuéramos a la primera reunión con el sacerdote. Debíamos hacer una especie de curso prematrimonial y reunirnos con el cura una vez por semana durante ese mes que restaba para la ceremonia.

—Alex, por favor, pasa al consultorio por mí una hora antes. Sabes que el sacerdote odia la impuntualidad.

—No te preocupes, cariño. Vendré a las tres en punto —respondió mientras me daba un apasionado beso de despedida—. Te amo, cielo.

—Yo también Alex, te amo.

Luego de despedirnos, bajé del auto para ingresar a mi consultorio. Como odontóloga, podía posponer algunas citas y reorganizarlas para otro día. Ese día tendría que hacerlo para

poder acudir puntual a mi reunión.

—Buenos días, Sonia —saludé a mi asistente. Ella llevaba mi agenda, pero también se ocupaba de la administración del pequeño establecimiento que tenía—. Por favor, cancela mis citas después de las tres y márcalas para cuando decida el paciente.

—Hola, Lía —saludó—. Está bien. ¿Cómo van los preparativos de la boda? —preguntó curiosa.

Suspiré ante aquella pregunta porque ni yo misma sabía del rumbo de la boda. Sonia era una de mis mejores amigas y con la única que no tenía que esconder nada de lo que realmente me preocupaba.

—Pues no lo sé, Sonia. Alex últimamente se la pasa en casa de su ex por la niña y tengo a mi madre y a mi hermana volviéndome loca con las insinuaciones de que existe algo más detrás de todo ese repentino cuadro alérgico que tiene Elenita.

—Tu madre debe estar insoportable —afirmó y asentí con la cabeza—. Y, ¿Alex qué dice?

—Alex no dice nada porque no le he dicho sobre mis inseguridades en relación a Laura.

—¿Crees que lo siga queriendo?

—Ya no sé qué creer, Sonia. Estoy volviéndome loca con todo esto. Lo peor es que anoche Laura me mintió, pero cuando Alex se lo reclamó, ella simplemente dijo que malinterpreté sus palabras, como si fuera una niña estúpida.

—Eso no huele nada bien. ¿Cuál sería su beneficio al mentir? Solo que te enfadaras con Alex y que tuvieran problemas.

—Eso mismo creí. Tal vez y mi madre no esté tan loca pensando lo que piensa.

—Creo que esta vez, Dalila tiene razón. Debes hablar con Alex sobre eso y hacerle saber que no te agrada lo que está ocurriendo.

—¿Qué ganaría con eso? No puede simplemente sacarla de su vida, es la madre de su hija.

—Y tú serás su esposa. Que no te enrollen con lo de la niña, Lía.

Negué con más confusión en mi cabeza, y algo me decía que Sonia tenía razón y esta pesadilla apenas comenzaba.

Toda la mañana en que atendí a mis pacientes, una rara sensación y un palpito extraño me decían que ese día no sería para nada como lo había planeado. Y tal y como mis presentimientos lo vaticinaron, nada salió como debía.

Esperé por horas a Alex, y nunca apareció ni respondió a mis llamadas.

No me quedó más remedio que pedir un taxi y volver a casa sola, con mis ojos marrones picándome por las ganas inmensas que tenía de llorar.

La mirada de lástima que me había lanzado Sonia al marcharme, me hicieron caer a cuenta de que esto no era nada normal, y rogaba a Dios porque Alex no me viniera con el cuento de Laura y la niña nuevamente, porque explotaría. Reventaría en sus narices y se iría al carajo todo lo de la boda.

Corrían las horas y Alex no aparecía, y una preocupación inmensa agobiaba a mi enamorado corazón, pero el móvil estaba fuera de cobertura y ya no volvería a llamar a Laura para que me dejara en ridículo.

Sin embargo, como al parecer llevaba auestas un sexto sentido para mis penurias, ya cuando estaba por irme a la cama con la angustia en la garganta, Alex llegó con el cuento de siempre: que Laura tuvo problemas y le había tocado encargarse de la niña.

Ya cansada de todo eso y sin ganas de discutir y decir cosas de las que tal vez, luego me arrepentiría, decidí ignorarlo por completo y me metí bajo las cobijas, con un gigantesco nudo en la garganta. Las lágrimas estaban a punto de hacer acto de presencia y con todo mi esfuerzo, evité derramarlas delante de Alex, que en esos momentos no era para nada mi persona favorita en el mundo.

—¿No preguntarás qué sucedió? —dijo suavemente, mientras ocupaba su lado de la cama. Le di la espalda, fingiendo que dormía—. Cariño, lo siento, ¿vale? Quise llamar para que estuvieras al tanto, pero perdí el móvil —se excusó, y como si estuviera invocándolo, el susodicho aparato comenzó a repicar a todo volumen.

—¿Ese móvil fue el que se extravió? —dije con ironía.

—Te juro que creí lo había perdido, Lía. Sabes que no te mentiría de esa manera.

—A estas alturas, Alex, ya no sé qué pensar —dije con la voz rota, y sentí sus manos acariciando mis hombros.

—¿Puedes al menos verme a la cara cuando te hablo, Lía? —suplicó, rompiendo de a poco las barreras que había puesto para ignorarlo. Pero el maldito móvil siguió repicando.

—Mejor ve a responder, no vaya ser que Laura necesite algo.

Con un fuerte suspiro, se levantó de la cama y cogió el teléfono. No alcancé a oír lo que

decía, pero tampoco presté atención. Estaba dolida con él. Lo de hoy era algo sumamente importante.

—Lía, cariño, te juro que no sé cómo el móvil volvió a mi chaqueta. Lo había perdido, te lo juro mi amor.

—Déjame dormir, Alex. Déjame tranquila, por favor —pedí sin controlar ya mis lágrimas.

—Laura se torció el pie y tuve que ocuparme de todos los asuntos de la niña, por favor, créeme.

—Lo que creo, Alex, es que para ti yo siempre estaré en segundo plano —confesé dolida, mientras Alex rodeaba la cama y se ponía de cuclillas delante de mí.

—Por supuesto que no, cariño. Solo son problemas del momento. Tú serás mi esposa, Lía.

—Pues estoy comenzando a creer que lo de la boda ya no es tan buena idea —dije cerrando mis ojos.

—No estarás hablando en serio, Lía... —replicó y solo me quedé en silencio—. No puedes estar hablando en serio, yo te amo más que a mi vida, eres todo para mí. Ni siquiera de broma me gusta que digas esas cosas.

—Por favor, Alex —supliqué—. Las cosas que sucedan con Laura siempre serán más importantes para ti. ¿Sabes todo lo que tuve que hacer para que el sacerdote nos diera la posibilidad de reunirnos con él a mitad de semana? ¡Y todo porque tú tienes la agenda llena con las cosas que Laura te ha puesto los fines de semana! ¿Y me lo pagas así? No es justo y ya déjame... por favor, Alex, ya no sigas.

—Por hoy lo dejo estar, Lía. Pero mañana tendremos una seria conversación de esto.

—Está bien. Mañana hablamos, Alex —consentí para que me dejara en paz.

—Descansa cariño, te amo —susurró, mientras besaba mi espalda y me acurrucaba a su cuerpo.

Las lágrimas resbalaban por mi rostro, porque no quería que todo lo que tenía con Alex se echara a perder. Lo amaba, él me amaba, de eso no tenía dudas, pero las cosas con Laura ya no me daban buena espina y comenzaba a creer que lo que quería lograr era separarme de él.

En los brazos del hombre de mi vida, sentí que me encontraba entre la espada y la pared en relación a su pasado con su ex y con la niña que tenían en común.

Alex se adueñó por completo de mi vida, iluminándome con su luz y no había imaginado

por nada en el mundo que se iría de mi lado alguna vez. Siempre con su ternura me llenaba de calma, me regalaba noches largas de amor en las que nuestros cuerpos se fundían a la perfección, como con ningún otro hombre lo había hecho, clavándose en lo profundo de mi alma.

Se metió por completo dentro de mi ser y no deseaba que mi vida cambiara sin su presencia.

Alex estaba molido. Ni siquiera sintió cuando me levanté y fui a trabajar, aunque lo hice más temprano de lo habitual por el simple hecho de no querer enfrentarlo.

Lo sé, soy una completa cobarde, pero tenía miedo. Me moría de celos con lo de Laura, estaba ardida porque se me hacía cada vez más difícil compartir a Alex con su ex, y sabía que una conversación en esas circunstancias no terminaría nada bien, y ya no quería pelear con él.

Le conté las novedades a Sonia nada más llegar al consultorio y comenzó a taladrarme la cabeza con miles de preguntas.

Al final de la tarde, al salir, me encontré con una docena de arreglos florales que hacían camino hasta dos personas muy especiales en mi vida: Alex y Elenita.

Me llevé la mano a la boca porque no podía creer que hiciera esto a modo de disculpas.

Caminé con lágrimas en los ojos hasta ellos, y cuando llegué hasta ambos, Elenita me tendió una rosa blanca.

—Perdona a mi papá, Lía. Por favor. Él no tiene la culpa de que mi mamá hubiera tenido un accidente y de que yo no tenga a nadie más que a él. Es solo mi culpa que él tenga que dejarte sola algunas veces —dijo con esa vocecita suave y melodiosa que rompieron a mi corazón en mil pedazos.

—Ay mi vida, tú no tienes la culpa de nada, y ya perdoné a tu papá, tranquila —respondí, acariciando su pelo, mientras mis ojos se desviaron hacia Alex—. ¿Qué hacen aquí? —pregunté.

—Mi prometida ha hecho una débil amenaza de dejarme plantado en el altar y no me quedó más remedio que tomar al toro por las astas —fue su respuesta y negué con la cabeza, mientras Alex se acercaba a mí y me daba un beso en la frente—. Elenita pasará la semana con nosotros para que yo no esté fuera de la casa tanto tiempo, Lía. Claro, si no te molesta.

—Por supuesto que no, Alex. Sabes que la adoro.

—Entonces no hay nada más que decir. ¿Quieres ir por un helado? —indagó.

—Claro, cielo —respondí—. ¿Pero qué haremos con las flores?

—No te preocupes, Lía. Yo me encargo —intervino Sonia y le agradecí el gesto.

Esos días fueron estupendos y los tres la pasamos de maravilla. La tranquilidad sobre mi relación con Alex estaba a punto de volver a la normalidad. Elenita me acompañó a todos los lugares que debía visitar con mi madre y hermana para organizar lo de la boda, y ambas estaban encantadas con la niña.

Al cuarto día, debíamos acudir a mi prueba de vestido y la niña nos acompañó porque sería paje y también debía probarse su atuendo para los ajustes pertinentes.

Cuando me probé el vestido de novia y subí al rotador para que la costurera viera donde debía liberar o tomar un poco de tela, ¿adivinen quién ingresó sorpresivamente al local?

Sí. Laura, la mujer de mis pesadillas desde hace un breve tiempo.

—¡Por Dios, te ves estupenda, Lía! —exclamó sin más, tomando asiento donde hace minutos me encontraba yo. Vi como mi madre rodaba los ojos, y mi hermana y Sonia se mordían la lengua. Laura simplemente las ignoró, levantando la mano en señal de saludo—. Aunque, déjame decirte que no te haría mal bajar un par de libras y cambiar el color de la tela. Para nada contrasta con tu tono de piel. Tal vez si te broncearas un poco... podría quedarte mejor.

—Hola, Laura. ¿Qué haces aquí? Creí que estabas de reposo por lo de tu pequeño accidente —pregunté con incredulidad y ella agitó la mano, restándole importancia al hecho.

—El médico exageró, querida. Y no iba a perderme la prueba de tu vestido, ni el de Elenita que, por cierto, espero no lleve ese color —señaló con horror mi vestido—, porque no le quedaría para nada bien.

—Mire, señora —masculló mi madre con fastidio—, creo que no es de su incumbencia como le quede o no el vestido a mi hija. De todos modos, es a ella a quien debe agradecerle y no a usted.

—No se moleste, señora. Yo solo decía... por ayudar a su hija, pero si ese es el gusto que ella tiene, ni modo —respondió, levantando los hombros—. En fin, se me hace tarde para ir al spa —se puso de pie, cargándose el bolso a los hombros y colocándose las gafas de sol—. Y gracias por cuidar de Elenita esta semana, Lía.

Laura se despidió y se marchó, dejándonos a todas con la boca abierta y a mi madre, hecha furia por sus palabras.

Al llegar al piso, una vez que la niña ya se encontraba durmiendo, le narré a Alex lo que

había pasado y para nada sorprendido, me pidió que no le hiciera caso, que le restara importancia porque de todas maneras, solo eran palabras.

Asentí porque tenía razón y juntos nos fuimos a la cama, a que mi hombre me hiciera olvidar el mal momento que pasé en el día por causa de su ex.

La tensión podía sentirse hasta en el suspiro que emitía y con lo del matrimonio encima, me estaba volviendo literalmente una novia histérica.

Cuando la niña volvió con su madre, Alex y yo decidimos tener una cena romántica en su restaurante favorito.

Me enfundé un bello vestido rojo, dejando suelta mi cabellera negra y enmarqué mis ojos negros con delineador del mismo color. Me apliqué un labial rojo y me calcé unos tacones preciosos que combinaban con el vestido. Faltaba una semana para la boda y estaba feliz, aunque el fantasma de Laura seguía asechándonos de manera constante por sus incontables llamadas, exigencias y demandas a mi prometido, quien apenado conmigo y de mala gana con ella, salía corriendo a cumplir con su rol de padre.

Mi madre estaba de lo peor. Acosando a Alex por no poder cumplir con todas las exigencias que nos imponía la wedding planner y augurando que la boda sería un completo fracaso si no poníamos de nuestra parte. Mi padre, un hombre de mucha cultura y exagerada paciencia, hacía lo posible por contenerla de sus ataques de la tercera edad, como él mismo decía para excusarla por el carácter infernal que llevaba a cuestas.

Cuando salí al pequeño salón del piso que ambos compartíamos, Alex se me quedó viendo con la boca abierta.

—¿Acaso mi prometida busca que no salgamos a cenar? —dijo con la voz ronca y sonreí.

—Lo que tu prometida busca es que no la plantes en el altar —bromeé, mientras ese hombre tan atractivo y varonil que me encandilaba, enroscaba sus brazos a mi cuerpo.

—Creo que adelantaré la boda por la sola idea de tenerte para mi solo en la luna de miel, cariño —susurró en mi oído, haciendo que me estremeciera.

—Me tienes todos los días a tu merced, Alex.

—No es lo mismo —suspiró cansado, mientras besaba mi pelo—. Lo de la niña, últimamente me está agobiando, además del trabajo y de Dalila que me tienen hasta el cuello con cosas que hacer.

—Lo sé, pero en una semana todo eso cambiará, ¿cierto cariño? —pregunté esperanzada

porque fuera así, más que nada con el tema de Laura.

—Por supuesto, Lía. Elenita pasará la mitad de tiempo con nosotros, en la casa a la que nos mudaremos y habrá mucho espacio para que no te moleste. Entonces pasaré menos tiempo atendiendo las llamadas de su madre por cualquier tontería.

—La niña no me molesta, Alex. Lo sabes, pero Laura últimamente se ha vuelto demasiado... insistente contigo y no me agrada.

—¿Acaso estás celosa, Lía? —dijo riendo y enrojecí—. Por Dios, cariño, no hay de qué preocuparse. Yo solo tengo ojos para ti.

—Eso espero Alex, eso espero.

—Ya no pienses en cosas sin sentido y mejor marchémonos porque si seguimos aquí, arrancaré ese precioso vestido con mis propios dientes, Lía.

Y cuando la velada finalizó ese día, deseé con todas mis fuerzas que Alex me hubiera encerrado en la habitación y hubiera cumplido su amenaza en vez de salir, porque para mi mala suerte, y por demasiada casualidad, Laura se apareció en el restaurante arruinando por completo nuestra noche romántica con anécdotas suya y de Alex de cuando iban como pareja a comer al mismo sitio.

Al llegar de nuevo a casa, di el portazo en la cara de Alex, completamente furiosa.

—¡Por Dios Lía, cálmate de una vez! —gritó Alex, entrando detrás de mí.

—¡De que me calme nada, Alex! —grité a la par—. ¿Cómo es que Laura sabía dónde estaríamos? Y lo peor: ¡por qué la dejaste quedarse y hablar de toda su historia romántica juntos!

—¡No lo sé! Ya te lo dije. Traté de todas las maneras de que se quedara callada, de que se fuera, ¡pero has visto que no se persuadía con nada!

—Pues yo lo único que vi es que estabas demasiado a gusto con dos mujeres enamoradas de ti, en una misma mesa.

—¿Pero qué carajos estás insinuando, Lía? —preguntó totalmente molesto, pero más furiosa estaba yo en esos momentos.

—¡De insinuar nada, Alex! Lo afirmo desde este momento, ¡y es que ahora caigo en cuenta de que Laura buscaba que me enfadara contigo, porque ella te quiere de vuelta!

—Deja de decir estupideces. No sabes lo que estás diciendo.

—Ah, ¿no? Entonces dame una buena justificación para lo acabamos de pasar.

—Realmente no sé qué está sucediendo con ella, pero te aseguro que no es lo que crees. Laura no está enamorada de mi ni yo de ella, ¿es tan difícil que lo entiendas?

—Y para ti, ¿es tan difícil que abras los ojos y veas que Laura se ha convertido en una verdadera pesadilla para mí? ¿Acaso no te das cuenta de que está arruinando lo nuestro? ¿Qué la boda corre peligro?

—Estás exagerando... —y esa manera sutil de minimizar las cosas, me superó por entero.

—Alex —supliqué, mientras las lágrimas corrían por mi mejilla—. Quiero que me digas de una buena vez si nuestra vida será de esta manera, con tu ex esposa metiendo sus narices en cada cosa que planeemos o hagamos juntos, porque de ser así, prefiero cancelarlo todo y que sigas ocupándote de ellas sin preocuparte por mí y por lo que siento al respecto.

—Solo estás alterada, Lía —suavizó sus palabras, acercándose a mí pero con la mano le pedí que se detuviera—. Ya mañana verás de otra forma la situación.

—No lo creo, Alex. Solo quiero que respondas a mi pregunta, ¿será siempre igual? —insistí y vi como Alex suspiraba y bajaba los hombros completamente exasperado y rendido.

—Lía... no la puedo sacar de mi vida de un día para otro, lo sabes. Lo supiste siempre desde el día en que nos conocimos. Tenemos una hija, juntos.

Las lágrimas volvieron a brotar porque sabía que lo que trataba de decirme: era que sí, que efectivamente nuestra vida sería como en el último mes; con la mujer de mis pesadillas asechándonos de manera constante y diaria.

¿Quería una vida así?

Definitivamente no.

Tomé mi bolso, agarré las llaves de mi coche y comencé a caminar en dirección a la puerta por la que acabábamos de entrar.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó confundido.

—Lo lamento, Alex, pero necesito estar sola y pensar si vale la pena pasar el resto de mis días con una persona que no me da mi lugar y tiene otras prioridades. Iré a casa de mis padres, no te preocupes —respondí, y aunque Alex me siguió hasta la acera y me pidió miles de veces que me quedara, no lo escuché y fui directo a casa de mis padres.

Al aparcar el coche, me recosté en el volante, maldiciendo y llorando por todo lo que se había desatado entre él y yo.

Una vez recompuesta, bajé del auto y caminé hacia la casa. Había una llave de emergencia en una de las macetas del porche, la tomé, pero en cuanto quise abrir la puerta, mi padre ya estaba aguardando por mí.

Lo miré con confusión y comprendí que Alex lo había llamado a ponerlo en sobreaviso.

Apenas se acercó a mí, lo abracé con todas mis fuerzas y me largué a llorar como una condenada. Ya cuando me calmé más, me incitó a que fuéramos a la cocina por algo de té. Mi madre tenía problemas para conciliar el sueño, y a veces consumía píldoras para hacerlo, por lo que no había sentido para nada mi llegada y agradecía a Dios por ello. Si no, se armaría un escándalo.

—¿Quieres hablar, cielo? —preguntó, mientras ambos bebíamos de nuestra taza.

—Ay, papá. Alex de seguro ya te puso al tanto.

—Sí, cariño. Pero quiero oír tu versión de las cosas.

—Es la misma de Alex, padre. Si algo sabemos de él, es que nunca cambia las cosas ni para su propio beneficio —mi padre sonrió conforme.

—Y eso es lo que más me agrada de Alex, Lía. Que ese hombre sería incapaz de mentirte o de engañarte. ¿Qué es lo que ocurre realmente hija?

—Su ex esposa desde hace un mes se ha vuelto nuestra sombra y no ha parado de meterse en nuestras cosas. Me agobia, papá, y tengo miedo de no poder tolerar que siga siendo de esa manera una vez que estemos casados, y termine divorciada del hombre que más he amado en mi vida.

—Pero tú sabías que él tenía una hija con esa mujer y también que no puede deshacerse simplemente de ella, hija. Es la madre de su hija. Te guste o no, estará ligada a Alex de por vida y será parte de sus días hasta que la niña cumpla la mayoría de edad. Entonces, no puedes culparlo por todo lo que hace esa mujer, Lía. No lo hubieras aceptado desde un principio, si no podías compartir la carga del hombre con quien decidiste unir tu vida.

—Lo sé, papá, pero todo esto me está sobrepasando.

—Entonces piensa bien sobre el paso que darás en una semana. Estás a tiempo de cancelarlo todo.

—Está bien, padre. Lo pensaré.

—Ve a descansar, y trata de no pensar más en esa mujer. Piensa en Alex y en lo feliz que

eres cuando estás a su lado. Él lo vale, Lía.

—Gracias, papá. Te amo.

Mi padre me dio un casto beso en la sien y me mandó a la cama como cuando era apenas una chiquilla.

Esa noche apenas concilié el sueño, y en cuanto el día se asomó, cogí mis cosas y fui volando a casa. Me encontré con un Alex ojeroso, que al parecer apenas había pegado el ojo, preparando café.

—Hola... —murmuré, dejando mis cosas en la mesa.

Alex me ojeó de pies a cabeza y dejando todo lo que estaba haciendo, acortó la distancia de nuestros cuerpos y se abalanzó sobre mí, abrazándome como si no nos hubiéramos visto en meses. Correspondí feliz su abrazo, mientras sentía su rostro hundirse en mi cuello con la respiración agitada.

—No vuelvas a dejarme así, Lía. No vuelvas a separarte de mí, cariño —susurró sobre mi piel, mientras lágrimas salían de mis ojos.

—Lo lamento, Alex. Yo...

—Te prometo que hablaré con Laura esta misma tarde para que no vuelva a importunarte ni molestarme tanto, solo prométeme que no te volverás a marchar de esa manera —suplicó desesperado.

—Ay, Alex. Te prometo que haré lo posible por entender los arranques de Laura, pero ya no quiero hablar de ella. Mejor llévame a nuestra cama y hazme el amor para que se me pase el enfado —dije riendo y de inmediato, mi casi esposo me cargó entre sus brazos, caminando en dirección a la alcoba.

Alex me hizo el amor de manera tierna, pausada y saboreando cada tramo de mi piel sin prisa. La infinita ternura con la que me poseyó, me hizo comprender que una vida sin él ya no era vida para mí.

Sus manos en mi sexo, matándome como solo él sabía. Mis senos dentro de su boca, torturándolos a más no poder. Cada fibra de mi anatomía reaccionaba con una simple mirada sensual de ese hombre y quería marcarlo, quería que todos supieran que Alex era solo mío y que nadie me lo quitaría.

Esa mañana, ninguno de los dos salimos de la cama. Ambos nos quedamos envueltos en una sábana, con las piernas entrelazadas y amándonos como si fuera el último día.

Mi cuerpo estaba más sensible desde hace un tiempo. Con el simple tacto de Alex, vibraba y respondía de inmediato, y es que existía un gran motivo para que estuviera demasiado emotiva esos días y resintieran por demás las cosas.

Aun no se lo había dicho, pero hace cuestión de dos semanas el médico confirmó lo que ya venía sospechando: estaba embarazada. Y si aún Alex no se ha enterado, es porque quería decírselo el día de la boda. Ese sería mi regalo.

Hasta el momento, la única que lo sabía era Sonia.

Luego de que ambos nos diéramos una de esas duchas interminables en las que Alex enjabonaba mi cuerpo con besos, salimos de la casa a cumplir con nuestras responsabilidades. Yo iría a por mi vestido y él, a llevar a la niña a una de las innumerables clases que tomaba.

Faltaban cuatro días para el día más feliz de mi vida, y por mi propio bien, deseaba que las horas pasaran con prisa para que todo se diera como habíamos imaginado.

La tarde la pasé en casa de mis padres, con Maira; mi hermana, Rose; mi sobrina y mis padres.

Quería darles la noticia de que sería madre pero no encontraba el momento oportuno para hacerlo.

Mientras tomábamos un pequeño refrigerio ya casi caída la noche, traté de decirles pero las palabras morían en mi garganta y cuando al fin decidí que les lanzaría sin más la noticia, el repiqueo constante de mi móvil interrumpió mi intención.

Miré la pantalla del móvil por varios segundos, asimilando de quien se trataba.

Era Laura.

En ese instante, y no sabría decir por qué razón, en mi pecho se instaló con insistencia una rara sensación de que las cosas entre Alex y yo se irían al demonio.

—¿Qué sucede, hija? —preguntó mi madre—. ¿Por qué no respondes?

—Es... es Laura, mamá. Y se me hace raro que llame, siendo que Alex debe estar llegando a su casa con la niña de una de sus clases.

—Si no quieres contestar, pásamelo a mí que yo hablaré con ella —intervino Maira y negué.

Le prometí a Alex que llevaría la fiesta en paz y pondría de mi parte para tolerarla.

—No te preocupes, responderé —dije poniéndome de pie, y caminando hacia un rincón

para conseguir algo de privacidad.

—Hola, Laura —hablé nerviosa.

—*Hola, Lía, ¿cómo estás?* —Su voz era de lo más normal, como si no hubiéramos compartido un desagradable momento apenas ayer.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarte?

—*Es que Alex está varado en la puerta de la casa; el coche no le responde y me pidió que te avisara y preguntara si podrías venir a por él* —explicó con suavidad y sentí que mi mundo volvía a su normalidad. Con que era solo eso.

—Claro, Laura. Ahora mismo salgo para allá, y gracias por avisar.

—*Se lo digo a Alex. Adiós, Lía.* —Se despidió y de inmediato me excusé con mi familia para ir en busca de mi prometido.

Mientras conducía hacia la casa de Laura, no podía dejar de pensar que algo malo pasaría. Sacudí varias veces la cabeza para quitarme esas absurdas ideas que a veces me acechaban. Sin embargo, apenas llegué y mientras trataba de aparcar detrás del coche de Alex, lo primero que mis ojos vieron fue a Alex y Laura, besándose en el porche de la casa.

Me quedé atontada, tratando de procesar aquella escena que sin duda alguna, me estaba rasgando el alma.

Sin intención alguna, mi brazo cayó con fuerza sobre el claxon, alertando a esos dos de mi presencia.

Sacudí la cabeza tratando de reaccionar, mientras veía como Alex empujaba a Laura y corría tratando de alcanzarme.

De inmediato di marcha al auto, y como una poseída conduje hasta la casa de mis padres. No iría de ninguna manera al piso que compartía con él y a partir de ese momento, de hecho, no compartiría nada más en mi puta existencia con Alex.

Mientras iba de camino, mi rostro estaba inundado por lágrimas que no paraban de brotar de mis ojos, y pensaba en cómo Alex, mi Alex, pudo haberme hecho aquello. Y lo peor de la historia, ¿cómo haría para seguir sin él? Para olvidarme de todo lo que juntos vivimos y borrarlo de mi vida para siempre.

Por Dios que no sabía cómo empezaría de nuevo después de él, porque estaba segura que se había encadenado de por vida a mi cuerpo y a mi alma.

Pero no podía. Simplemente no podía seguir con nuestros planes habiéndolo visto de aquella manera, matándome lentamente con la imagen que acabo de presenciar y con la posibilidad de que pudiera ocurrir de nuevo.

Conducía tan ensimismada en mis pensamientos que ni cuenta me había dado que Alex venía tras de mí en su coche, y que me estaba por dar alcance de un momento a otro.

Rápidamente aparqué y con prisa me metí a la casa, subiendo las escaleras bajo la mirada desconcertada de mis padres y mi hermana.

Me metí sin más a mi habitación, dejándome caer en la cama y lamentándome de lleno por lo que Alex me había hecho a días de nuestra boda.

Oí sus gritos llamarme, pero lo último que quería era verlo.

Sentí la puerta del cuarto abrirse y unas manos que conocía a la perfección por su calidez, me abrazaron de inmediato.

—¿Qué pasó, mi pequeña? ¿Qué ocurrió para que hayas llegado en este estado y que Alex esté abajo, gritando como un desquiciado tu nombre? —preguntó mi madre.

Me incorporé como pude, sorbiendo mis lágrimas y sentí sus dedos limpiarlas de manera paciente.

—Vi a Alex y Laura besarse, mamá. Él me engañó. Tú tenías razón, Laura solo buscaba traerme problemas con él y lo consiguió.

—¡Por Dios, Lía! Debe haber una explicación, Alex no te haría algo así.

—Pues lo hizo y yo lo vi... y duele, mamá. Me duele el alma y el pecho que me haya engañado de esa manera.

—Mi pequeña, cálmate. ¿Por qué no hablas con él y que te explique?

—¡No hay nada que explicar! Y lo último que quiero es verlo. Haz que se marche mamá, te lo suplico —pedí sollozando y mi madre asintió, saliendo de la habitación de manera rápida. Luego de unos minutos, estuvo de regreso y ya no se oían los gritos de Alex.

—Ya se marchó, pero sabes que volverá, Lía. ¿Qué ocurrirá con la boda?

—¡Qué pregunta, mamá! Por supuesto que queda cancelada. No podría casarme con Alex después de lo que vi.

Mi madre asintió y solo me arropó hasta que pensó me había quedado dormida.

Cuando se marchó de mi habitación, volví a mis lamentos con un convulso llanto que parecía no querer acabar. Ya cuando mi cuerpo no lo resistió, cerré mis ojos y me dejé llevar a un profundo y mal sueño.

Al despertar, mis ojos estaban hinchados pero de todas maneras, debía ingerir alimentos por mi estado.

Bajé desganada hasta la cocina, donde mis padres aguardaban por mí para que tuviéramos una conversación.

—Buenos días —saludé, sentándome al lado de mi padre, mientras mi madre me servía el desayuno.

—Hija, ¿qué harás con Alex? Acaba de marcharse y dice que volverá para que puedan hablar.

—Será en vano, papá. Yo no quiero verlo.

—La boda es en tres días, hija... —intervino mi madre.

—Yo no me casaré con Alex solo para evitar habladurías o porque ya esté todo listo. Solo les pido que me apoyen y entiendan que no podría casarme después de lo que ocurrió —expliqué cansina, tratando de contener mis lágrimas.

—¿Y qué sucederá con el bebé? —dijo de pronto mi madre y me quedé tiesa viéndola.

—¿De qué bebé hablas, mamá?

—¡Por el amor de Dios, Lía! Soy tu madre y es evidente que estás embarazada. Tu rostro y esos raros antojos lo dicen a gritos.

—¿Estás embarazada, pequeña? —preguntó impresionado mi padre, y asentí con una débil sonrisa—. ¡Oh, por Dios! Esa es una gran noticia. Pero, con todo y eso ¿estás decidida a cancelar tu boda?

—Sí, papá.

—Entonces, lo mejor es que te vayas a la cabaña de la familia. Alex no te dejará en paz, y lo sabes.

—Ya lo había pensado. De hecho, iba a pedirte que me permitieras ir allí, y a mamá a que fuera con Maira por mis cosas al piso.

Ambos se vieron con desconcierto, pero de todas maneras, respondieron que harían por mi lo que les pedía.

Cuando mi madre junto con mi hermana iban de salida en busca de mis cosas, a una hora en que sabía Alex debía estar con su hija y... con Laura, le entregué a Maira mi sortija de compromiso, con una nota que decía que la boda se cancelaba.

Por mientras había ido a la tienda y comprado alimentos para varios días. Llamé a Sonia para avisarle sobre las nuevas noticias y pedirle que cerrara el consultorio hasta nuevo aviso.

Cuando regresaron con mis cosas, las metí todas al coche y sin pensármelo demasiado, me monté en él, encendiéndolo y marchándome sin mirar atrás.

Mientras conducía, prendí el radio y lo primero que oí fue una canción que me recordaba demasiado a él. De inmediato lo apagué y suspiré resignada, diciéndome a mí misma que no sería fácil olvidarlo, que tal vez nunca lo haga, pero que debía seguir.

Trascurriendo cuarenta minutos de haber iniciado mi recorrido, mi móvil comenzó a repicar y mi corazón comenzó a saltar encabritado porque sabía perfectamente de quién se trataba.

Sin siquiera sopesar la posibilidad de responder, cogí el maldito aparato y lo aventé por la ventana, mientras el llanto invadía de nuevo mis ojos y el corazón se me oprimía de dolor por haber perdido tanto y en tan poco tiempo.

En ese instante, comprendí que haberme enamorado de un hombre con una carga demasiado pesada como la de Alex, me había condenado a la infelicidad para siempre.

PARTE 2

Laura

La había cagado, esta vez me pasé.

Vale, se me ha pasado un poquitito la mano con fastidiarla, pero no se puede tocar el cielo con las manos de buenas a primera ¿o sí?

Lía tendría todo lo que Alex nunca me dio, y por eso, aunque me caía bien, la mortifiqué solo un poco, pero la muy ingenua decidió cancelar su boda.

Ahora, Alex y Elenita me odian, pero tengo aún un as bajo la manga para resolver las cosas.

¿Quieren saber cómo ocasioné todo ese caos y como lo resolveré?

Alex y yo nos conocimos hace doce años en las Vegas. Ese hombre me impresionó tanto que no dude ni un segundo en acercarme hasta la mesa de póker donde estaba probando su suerte.

Con un poco de ingenio, fui captando su atención a medida que iba destruyendo a sus contrincantes. Además, mi pelo color fuego, mi tez pálida y mi figura perfecta, no podían pasar desapercibidos para ningún hombre y Alex no había sido la excepción.

Cada vez que nuestras miradas se encontraban, él solo negaba con esa sonrisa socarrona que caracterizaba a todo *Donjuán*.

Luego de que terminara la partida, ambos decidimos ir a una discoteca a seguir conociéndonos y copa va, copa viene, terminamos ebrios, y más tarde despertamos en la cama de la habitación en la que se hospedaba. Cuando ambos nos dimos cuenta de que llevábamos anillos de fantasía en el dedo anular, comenzamos a imaginarnos lo peor. Al rato, encontramos un acta de matrimonio en una repisa del estar de la suite que ocupaba Alex, confirmando nuestras sospechas.

Estábamos casados.

Tenía apenas veintidós años y un contrato millonario para una campaña publicitaria. En el contrato se estipulaba que por nada del mundo debía estar en una relación, mucho menos casarme y menos aún, tener hijos. La cuestión es que varias semanas después, tuve que hacerme

a la idea de que debía abandonar todos mis sueños y dar lugar a una vida muy diferente a la que me había imaginado, porque, cuando quisimos anular el matrimonio, nos dimos cuenta de que la noche de bodas tuvo sus consecuencias.

Entonces, Alex me propuso que lo intentáramos y conviviéramos para darle una familia al pequeño o pequeña que venía en camino.

Pero, como bien dice el dicho: la familia es un tesoro que se aprecia, se cuida y se mantiene con amor, fue precisamente ese ingrediente fundamental el que faltó en nuestro matrimonio: *Amor*.

Fue entonces que decidimos dar paso al costado en nuestra relación personal, y darle prioridad a nuestra relación de padres, y fue la mejor decisión que hemos tomado.

Asumo que nunca me he entrometido en la vida del padre de mi hija, pero todo cambió el día en que Elenita llegó feliz y me había comentado que su padre se casaría y que Lía sería una estupenda madre para ella.

Ni siquiera cuando Alex me dijo que se mudaría junto con su nueva novia, había sentido curiosidad ni nada. Era comprensible que un hombre como él tuviera romances, ya fueran cortos o largos, pues me sabía de memoria su encanto, como su carácter infernal, y por lo mismo, siempre creí que nadie lo soportaría y que no tendría que compartir a mi hija más que con su padre.

Pero entonces llega ella, tan guapa y encantadora como la había descrito mi hija, amenazando con perturbar y cambiar las cosas que, para mi gusto, marchaban demasiado bien tal y como estaban.

¡Fue entonces cuando estallé!

De inmediato le pregunté a Alex si eso era cierto y él me lo confirmó sin vueltas.

Decidí que debía conocer al fin a la afamada Lía, un dechado de virtudes según las propias palabras de mi hija, y no voy a negar, que de inmediato me pareció perfecta para Alex, y hasta me cayó bien y todo. Pero, a pesar de eso, sentía cierta envidia por todo lo que ella sí tendría de Alex.

¿Y cómo no?! Esta mujer se aparece de la nada, enamorando al hombre que una vez fue mío y encantando por completo a lo más valioso en mi vida; mi pequeña hija.

Y aunque como ya he dicho, me caía bien, yo estaba ardida porque ella tendría de Alex lo que yo nunca pude tener: «Una boda con todas sus letras».

Entonces... yo solo quise fastidiarla un poquito, antes de que ella se adueñara para siempre de Alex y de una parte de Elenita. No pude dejarla en paz y arruiné las cosas entre Lía y Alex.

Ahora solo me queda enmendar mi pequeña travesura, porque de lo contrario, el hombre que más he respetado en mi vida, sería completamente infeliz.

Actué como una completa loca, tenía yendo y viniendo a Alex como un condenado, excusando el trato que habíamos hecho: que siempre, cuando yo llamara, estaría para Elenita de un modo incondicional.

Sin embargo, utilicé eso a mi favor, para ir arruinando poco a poco los preparativos de la boda de Lía. Y les iré relatando cada pequeño problema que fui causando.

Problema 1: Cuando le dije a Lía que Alex no estuvo en casa, y lo había puesto cambiando muebles todo el santo día, con la excusa de que el psicólogo de la niña había recomendado espacios más abiertos y paredes con colores más claros.

Fue la primera mentira. Deseaba que Lía no le tuviera tanta confianza a Alex. ¡Odiaba que Alex le diera demasiada seguridad a Lía!

Eran perfectos el uno con el otro y pensé que sería divertido si sembraba la duda entre ellos. Sin embargo, salió mal. Pues Alex llamó y, sutilmente me dejó en evidencia. No pude más que disculparme y hacer quedar como niña tonta a su prometida para minimizar la cuestión.

Problema 2: Cuando fingí torcerme el pie para que Alex no llegara al curso pre matrimonial.

Elenita tenía los días y las semanas llenas de actividades. Quería que tuviera todas las oportunidades que yo no, por lo que, además de la escuela, la puse a clases de ballet, gimnasia, natación y pasarela. Además, practicaba esgrima, ajedrez, piano y violín.

También clases de canto, actuación y oratoria.

La mantenía siempre ocupada, pero lo hacía por su bien. Sin embargo, ella era más feliz cuando estaba con Lía porque, según sus propias palabras, con la novia de su padre podía hacer lo que deseaba como, por ejemplo, ir a por helados, ver televisión, quedarse en la cama más tiempo del que yo la dejaba y comer comida chatarra.

No culpo a Lía ni a Elenita, pues con ella pasa poco tiempo y me alegra que lo disfrute. Sin embargo, no podía evitar ponerme celosa. Pero bueno, nos desviamos del asunto primordial. La cuestión es que, al torcerme el pie, Alex tuvo que conducir todo el santo día por la ciudad para que la niña llegara a tiempo a todas partes. Además, había tomado su móvil y se marchó de la

casa sin él, regresando ya de noche con Elenita, fastidiado y maldiciendo por haber plantado a Lía y al cura, además de no haberle avisado nada.

¿Cómo hice para regresarle el móvil? Simple. Antes de irse, le pedí que me ayudara a moverme de un sitio a otro, con la excusa de la pata torcida, y en un descuido lo volví a meter en el bolsillo de su chaqueta. Además, mi intención había sido que Lía pensara que le mintió, y después de calcular el tiempo que le tomaría llegar a su piso y acomodarse, marqué a su móvil para que su excusa del móvil perdido quedara descartada por Lía.

Pero... tampoco funcionó, porque Alex llegó temprano a la casa, tomó las cosas de la niña y me comunicó que pasaría la semana con él, dado el caso de que me encontraba prácticamente lisiada.

Problema 3: Cuando me aparecí en la casa de novias y realicé comentarios desafortunados en contra de su cuerpo y el color del vestido.

Estaba aburrida en la casa, cuando recordé que ese día Elenita debía probarse el vestido para la boda. Entonces, decidí hacer mi aparición en la prueba de vestido de Lía.

Cuando la vi montada en el rotador, sentí la envidia más grande de toda mi vida, pero de la buena. Y es que se veía estupenda en ese vestido de novia. Sin embargo, no pude evitar criticarla y comportarme de lo más desagradable posible.

Problema 4: Cuando me aparecí en el restaurante favorito de Alex y me senté en su mesa, hablando por horas de las citas románticas que habíamos tenido él y yo allí.

Fue realmente desagradable. Hasta a mí me causó repulsión mi modo de actuar, pero no me pude detener y los fastidié tanto, que terminaron por marcharse sin siquiera terminar la comida.

Pensé que ya era suficiente. Me dije que debía parar, y sin embargo, cuando Alex ese día me reclamó la situación, todo se salió de control.

—¿Qué te anda sucediendo, Laura? ¿Acaso buscas fastidiarme la vida? —me reprochó en cuanto llegó a casa esa tarde, pues en la mañana no me había cogido el teléfono—. Ya fue suficiente con tus tonteras, mira que he tolerado todas tus estupideces con una paciencia que se me está acabando y porque tú no eres así. ¿Qué está pasando?

—No pasa nada, Alex. Debe ser que están muy ansiosos con lo de la boda y ven cosas en donde no las hay —respondí.

—Pues Lía y hasta piensa que estás enamorada de mí con tantos problemas que te inventas

para tenerme metido aquí, y empiezo a sospechar que tan equivocada no está al pensar de ese modo.

—¡Por favor! Nosotros nunca sentimos amor por el otro, ¿por qué cambiaría ahora?

—Eso mismo me pregunto, ¿por qué estás actuando como una ex esposa loca y celosa?

—Ves cosas en donde no pasa nada. Estás nervioso por tu boda, nada más.

Alex tomó las cosas de la niña y se marchó, dejándome con los nervios de punta. ¡me fastidiaba que Lía nunca se enfadar con Alex y que le tuviera tanta confianza!

Así que, más tarde, pensé en hacer una última travesura para probar la santa paciencia de la prometida de mi ex.

Problema 5: Cuando fingí tropezarme y caí encima de Alex para darle un beso accidentalmente.

Con la firme idea de molestarla esta vez, decidí trazar mi último plan y, después de llamar a Lía y calcular los tiempos, le pedí a Alex que me ayudara con una maceta en el porche de la casa. En cuanto vi el auto de su prometida aparcarse detrás del suyo, me tropecé y Alex me atrapó a tiempo. Sin embargo, en un rápido movimiento enrollé mis brazos en su cuello y lo besé.

Alex ni siquiera pudo reaccionar por la sorpresa y yo me sentí miserable. Cuando iba a separarme y disculparme, un claxon nos sobresaltó y Alex se encontró con la mirada incrédula de Lía que de inmediato puso en marcha el coche y se largó de allí.

—Lía... ¡Lía! —gritó Alex, empujándome para ir tras ella.

—Oh, mi Dios... —susurré, percatándome que me había sobrepasado por completo.

Me tomé el rostro entre las manos y caí sentada en uno de los sillones del porche.

—¿Qué has hecho, mamá? —la voz de Elenita me sobresaltó.

—Nada, nena. Ve a la cama.

—Mami, te oí cuando hablabas mal del vestido de Lía, también cuando le decías que estaba pasada de peso y mentías sobre papá. ¿Por qué no quieres que mi papá sea feliz? —preguntó la niña que físicamente se parecía a mí, pero tenía el carácter y los ojos de su padre—. Papá siempre hace todo lo que le pides, paga las cuentas, me lleva a clases, está conmigo todo el día. Nunca te ha dicho que no a nada de lo que pides, ¿por qué te molesta que tenga a Lía? Ella es buena con papá, es buena conmigo y también lo es contigo. No me gusta que seas mala con

ella, tampoco que molestes a papá.

Me sentí avergonzada como nunca en mi vida lo había hecho.

Mi móvil comenzó a repicar y antes de siquiera mirar la pantalla, supe que era Alex.

—*¡Te juro que, si no resuelvo las cosas con Lía, te haré la vida de cuadritos, Laura! ¿Por qué lo has hecho?*

—Cálmate, Alex. Ella te perdonará en cuanto le expliques, siempre lo entiende todo... — dije más para convencerme a mí que a él.

—*Estás loca* —masculó y cortó.

Esa noche no pude dormir.

Al día siguiente, le marqué a Lía muchas veces, pero no cogía el maldito teléfono. Así que no me quedó más remedio que ir a casa de sus padres.

—¿Qué hace aquí? —la madre de Lía, de quien por cierto no era santo de devoción, me tuvo en la puerta sin una pizca de intención de dejarme pasar.

—Vengo a hablar con su hija, señora. ¿Podría llamarla?

—Mi hija ha salido del país gracias a usted. Así que, puede volver por donde ha venido — empujó la puerta para cerrarla en mis narices, pero no me dejé convencer.

—¿Se ha ido? Pero, ¿por qué? En tres días es la boda, ¿acaso se volvió loca?

—¿Quién no se volvería loca con alguien como usted? —me reprochó la señora—. No se ha cansado de molestarla, de fastidiarla y de hacerle la vida imposible. Se presentó en la casa de novias, criticando el vestido que escogió con mucha ilusión, haciendo comentarios despectivos sobre su peso, cuando lo único que mi hija ha hecho fue ser amable y bondadosa con usted y su hija, a quien todos aquí adoramos y que gracias a Dios no se le parece en nada, señora. Así que, váyase de mi casa, porque Lía se ha marchado al extranjero y no sabemos cuándo volverá.

—Que Lía, ¿qué? —La voz de Alex retumbó a mi espalda.

—¿Qué haces aquí, Alex? —La hermana de Lía llegó justo a tiempo—. ¿Y tú? —Se dirigió a mí—. ¿Qué demonios haces en la casa de mis padres? ¿No has tenido suficiente? Nosotras se lo advertimos a Lía, que tú solo querías causar problemas, pero ella no nos escuchó porque en su corazón las personas no pueden ser tan malvadas. ¿Qué buscas? ¿Reírte en la cara de mi hermana? Y tú Alex, ¿con qué cara estás aquí? Has puesto a mi hermana en situaciones incómodas con tu ex mujer, una y otra vez, no fuiste capaz de darle el lugar que se merece y la

has hecho sufrir.

—Yo jamás tuve esas intenciones, Maira. No entiendo cómo pudo salirse todo de control... Yo... ¿Cómo que Lía se ha marchado? —increpó descompuesto.

—Todo fue mi culpa, Alex no tiene nada que ver. Por favor, entre él y yo no sucede nada, fue un malentendido que he venido a aclarar con Lía —dije de inmediato, mirando con súplica a ambas mujeres.

—Pues tarde para arrepentimientos y explicaciones, mi hermana se fue y ha dejado esto para ti.

Maira le tendió a Alex la sortija de compromiso y una nota que Alex tomó con las manos temblorosas.

Los ojos del hombre que más admiraba, se llenaron de lágrimas y permaneció en silencio, mirando el anilló por un largo rato. Comencé a desesperarme, no era posible que Lía se hubiera marchado. ¡Era absurdo!

—Entonces, significa que Lía ya no quiere casarse conmigo... —murmuró como pudo Alex.

—Lo siento, Alex, pero debes entender a Lía. Además, en su estado, es normal que las cosas no las tomé muy bien... —explicó más calmada la madre de Lía y mis ojos se abrieron grandes.

—¿En su estado? —increpó Alex.

—Lo que mi madre quiere decir, es que Lía está muy estresada con los preparativos de la boda. Dale tiempo —intervino Maira, cuando Alex frunció el ceño.

Alex no dijo nada y solo emitió un hondo suspiro.

—Nuestra boda, se cancela... —susurró, intentando convencerse.

—Sin novia no podemos hacer nada, Alex. A menos que tu ex esposa quiera ocupar el lugar de mi hermana, por supuesto, con tantas molestias, precisamente era esto lo que quería. Así que, puedes aprovechar y volver a casarte con ella...

—¡Que tonterías dices, Maira! —Alex rió con sarcasmo—. Con la única que he querido casarme en toda mi vida, fue con Lía.

Aunque sentí como si un puñal me clavara en mi orgullo, suspiré y sonreí.

—Es verdad —aseguré—. Maira, señora Dalila, con la única mujer que Alex ha planeado

casarse, es con Lía y en parte, precisamente por esa razón, es que tuve celos. Pero no me malinterpreten, no tuve celos por Alex, ¡por Dios, no! Sino de la boda —expliqué, aunque no comprendían—. Lo siento mucho, lo lamento. Alex y yo fuimos unos irresponsables que nos casamos ebrios en Las Vegas, la misma noche que nos conocimos. No fue planeado, ninguno lo quisimos, pero tampoco lo anulamos porque quedé embarazada. Con todo esto, no intento que me entiendan, pero sí que comprendan que Alex, en toda su vida, solo ha querido casarse con Lía y con nadie más. Por favor, ayúdenme a hablar con Lía para disculparme y explicarle que nada es como ella piensa.

Ambas mujeres se miraron y luego de unos segundos, negaron.

—Lo siento, pero sin el consentimiento de Lía, no podemos decirles donde está —dijo la hermana.

—Avisaré a los invitados que la boda se cancela, anularemos la reserva del salón y hablaremos con la wedding planner... —avisó resignada su madre y Alex afirmó con la cabeza.

—¡No cancelen nada! —grité, histérica—. Al menos, no ahora. Denme la oportunidad de resolver todo, les aseguro que lo puedo arreglar. Lo único que deben decirme es dónde está Lía.

PARTE 3

Alex

Estaba devastado.

En un abrir y cerrar de ojos, toda mi felicidad se había ido al carajo, y todo por las locuras de la madre de mi hija, con quien nunca había tenido un maldito problema.

¿Por qué se le ocurrió fastidiarme justo cuando encontré la felicidad?

Nunca le había mentido y siempre cumplí con mi rol de padre y sus malditos caprichos. ¿Por qué tenía que arruinar algo que sabía era muy importante para mí?

Cada vez era más difícil mantener el equilibrio entre Lía y Laura, y no porque fuese una maldita marioneta a la que ambas podían manejar, sino porque mi ex mujer había decidido fastidiarme constantemente el último mes, jugando con mi paciencia e intentando hacer pasar por estúpida a mi prometida.

¡Por supuesto que me había dado cuenta de lo que Laura intentaba hacer! Pero tampoco podía iniciar una guerra con la madre de mi hija. Así que, intenté calmar a Lía, hasta que la boda fuera un hecho y después acomodarnos con Elenita a nuestra nueva vida y nuevo hogar. Estaba seguro que, cuando mi hija viviera conmigo la mitad del tiempo, todo volvería a la normalidad.

Sin embargo, nada había sucedido como pensé que sería al ignorar a Laura, y no ponerle límites solo desencadenó el único final que no quería: que mi boda se cancelara, y que Lía se cansara de todo.

Después de que Laura ocasionara aquel beso que me dejó paralizado y petrificado por la sorpresa, el nudo que se formó en mi garganta casi me asfixió.

¿Han experimentado esa sensación de angustia que amenaza con destruir todo lo que más amas? ¿Ese hormigueo y sudor que salen de tus manos, mientras ansioso esperas a que todo se resuelva? ¿El corazón martilleando tu pecho, mientras tienes la incertidumbre de si todo será como siempre? Pues así me sentí hasta que escuché a la madre de Lía decir que ella simplemente se había marchado. En ese momento, todo desapareció dentro de mí. Me sentí vacío y sin ganas de nada, por lo que cuando escuché a Laura decir que lo podía arreglar, me dieron unas ganas tremendas de ahorcarla.

—Por favor, Alex. Dame la oportunidad... —suplicó, mientras se sentaba a mi lado en el

coche y era yo quien debía llevarla a su casa.

—Si quieres llegar viva a tu casa, es mejor que no me hables, Laura.

Sin embargo, esa obstinada mujer no se dio por vencida.

—¿Por qué lo hiciste? —volví a cuestionar porque no terminaba de comprender. Laura no me quería, no le importaba nada de lo que yo hacía.

—Por celos... —murmuró y pisé el pedal del freno, en tanto nuestros cuerpos se balanceaban hacia adelante—. ¡Estás loco!

—La única loca entre los dos, eres tú —la acusé—. ¿Cómo que celos, Laura? ¿Puedes dejar de jugar conmigo? Si no te retuerzo el pescuezo ahora mismo, sabes que es por la niña.

—No siento celos por ti ni estoy enamorada, por favor, eso es absurdo.

—¡Entonces, dime de una maldita vez por qué carajos arruinaste las cosas con Lía! —grité, ya sin poder contenerme—. ¿Por qué te empeñaste en fastidiarnos? ¿Qué te hemos hecho, además de solo apoyarte y ayudarte en todo lo que hemos podido, en todo lo has pedido?

—Yo lo lamento, Alex. Pero tuve celos de la boda y no puedes culparme... nunca tuvimos una ceremonia normal. —Se explicó sin convencerme.

Negué con la cabeza, poniendo de nuevo en marcha el coche.

—Tampoco puedes culpar a Lía y te has ensañado con ella por algo que yo no te di, o más bien, por algo que nunca te importó. ¿Te das una idea de lo mal que lo ha pasado? ¡La fastidiaste desde el momento en que supiste que nos casaríamos! ¿Crees que no me di cuenta de todas tus mentiras? ¿De todas tus excusas para tenerme cerca todo el tiempo? Si no he dicho nada, fue por Elenita y porque he tratado de excusarte con Lía y de compensarla por todo el mal rato que tuvo que tolerar.

—Lía está embarazada... —musitó, y volví a pisar el pedal del freno—. ¡Estás loco, Alex! ¡Conduce con cuidado!

—¿Cómo que Lía está embarazada? ¿Quién te lo dijo? Y aun, sabiéndolo, ¿seguiste con tu plan de molestarla? —le reproché de un modo atropellado—. ¿Por qué no me lo dijo?

—Sí, ¿por qué no nos lo dijo? —Se preguntó Laura—. No es el punto en este momento, lo importante es encontrarla y traerla de regreso para el sábado.

—Embarazada... —murmuré, apoyando los brazos en el volante del coche, mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Su madre la delató hace unos momentos, y me terminé de convencer cuando la agresiva de su hermana trató de tapar su metedura de pata de un modo amable. Serás padre de nuevo, Alex. Felicitaciones... —dijo Laura, mordiéndose el labio con culpa.

—Tengo que encontrarla...

—Sí, tenemos que encontrarla.

Sin prestarle atención, saqué el móvil y marqué el número de su padre. Me costó mucho convencerlo, pero después de decirle que ya estaba al tanto del embarazo de Lía, suspiró derrotado y me dijo que se encontraba en la cabaña familiar, a las afueras de la ciudad.

—Iré ahora mismo a por ella —avisé, colgando el móvil.

—¿Dónde está? —preguntó Laura y dudé en decírselo—. Alex, si vas tú, no te escuchará ni volverá a creerte. Deja que vaya contigo y prepare el terreno. Por nuestra amistad, por tu felicidad y la de Elenita, prometo que la convenceré.

—¡Oh, por Dios! Elenita... ¿dónde la has dejado? —cuestioné de pronto.

—La he liberado de todas sus clases y se quedará con una compañera de la escuela hasta que resuelva este lío. Está muy enfadada —explicó y afirmé—. Vayamos a por Lía, Alex.

Sin pensarlo demasiado, pisé el acelerador y fui a por mi mujer.

Después de conducir varias horas y aparcar detrás de la cabaña, Laura y yo nos dirigimos hacia la parte interior y vimos a Lía en una reposera, al borde de la alberca, leyendo un libro.

—Quédate aquí y dame unos minutos, Alex.

—No te dejaré sola con ella.

—Por favor, Alex, prometo que lo arreglaré.

Caminó hasta Lía y cuando la saludó, mi preciosa mujer se sobresaltó y su rostro cambió de expresión. Podía escuchar claramente lo que hablaban.

—¿Qué haces aquí, Laura? —Vi a Lía dejar el libro a un lado y ponerse de pie.

—Por favor, Lía. He venido a evitar que cometas una injusticia con Alex y a pedirte perdón... —fueron las palabras de Laura.

Lía sonrió con sarcasmo y volvió a tumbarse en la reposera, mientras negaba con la cabeza.

—Lo lamento, Laura, pero ya he tomado mi decisión y no quiero pasar el resto de mi vida

contigo haciéndome los días imposibles. Puedes regresar por dónde has venido.

—¿Ya no quieres a Alex?

—Porque amo demasiado a Alex, toleraré todas tus locuras. Por favor, Laura, ya has conseguido lo que querías. Déjame en paz, te lo suplico.

—Lía, Alex y yo no sentimos nada el uno por el otro, más que aprecio de amigos. Lo que viste no fue más que una equivocación de mi parte... quería molestarte porque sentí celos de que tú si pudieras tener una magnífica boda con Alex —explicó mi ex esposa, con la voz entrecortada—. Siempre me has caído bien, ¿a quién no le caerías bien, Lía? Eres perfecta, ¡por Dios! Hasta mi propia hija prefiere pasar tiempo contigo que conmigo, pero eso no viene al caso, el punto es que te fastidié por celos a la boda, no por sentir celos de Alex. Yo... yo no tuve una familia como la tuya, cuando quedé embarazada, no tuve más opción que intentarlo con Alex para que mi hija no creciera de la misma manera que yo. Tenía un futuro prometedor como modelo, y dejé de lado mis sueños para criar a una niña y tratar de ser una buena esposa y nunca tuve las mismas opciones que tú... siempre había sido yo contra el mundo, hasta que Alex entró a mi vida. Y aunque jamás me ha fallado a mí ni a nuestra hija, tampoco estuvimos enamorados, lo nuestro no fue planeado y siento envidia, pero de la buena, de la relación que ustedes tienen.

»Por favor, Lía. No culpes a Alex por mis locuras y no prives a tu hijo de crecer con un padre tan maravilloso como lo es Alex...

Lía se puso de pie de golpe y se quitó las gafas de sol. Sus ojos estaban brillosos y negó con tristeza.

Dudaba. Me amaba, pero dudaba.

En ese instante, no dudé en ir hasta donde estaban y que me viera. Cuando su mirada se encontró con la mía, las lágrimas brotaron de sus ojos y se tapó la cara.

La abracé y dejé que llorara todo lo que hizo falta, hasta que la oí suspirar. Entonces, aparté sus manos de su rostro y levanté su barbilla para que me viera a los ojos.

—Te juro que he pasado las peores horas de mi vida, Lía... —ella no dijo nada—. Perdóname, mi amor, por no haber hecho más para evitarte tantos momentos incómodos. Lo lamento tanto, lo siento mucho. Si no quieres casarte conmigo ahora, lo comprenderé, pero no me pidas que me aleje, que te dé tiempo, porque sería incapaz de soportar otro día sin dormir contigo, Lía.

—Alex, yo...

—No lo digas, Lía. No quiero oírlo. Solo abrázame, mi amor —la estreché con fuerza y con egoísmo. No quería escucharla decir que me dejaría. Prefería quedarme con la incertidumbre.

—¿Cómo me encontraste? —murmuró de pronto.

—Tu padre me lo dijo.

—Claro...

—¿Estás enfadada?

—Ya no sé qué sentir, Alex. Todo esto ha sido precipitado, loco... ya no sé qué pensar.

—¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada? —pregunté con suavidad.

—Quería que fuera una sorpresa... un regalo de bodas y nada salió como había planeado.
—Se mordió los labios y las lágrimas volvieron a salir.

—Lo siento tanto, mi amor...

Me puse de rodillas, abrazando sus piernas mientras sollozaba. Jamás había siquiera pensado en la posibilidad de una vida sin Lía, sin el amor de mi vida, y detestaba la sensación que estaba experimentando. Odiaba sentir que la estaba perdiendo.

—Levántate, Alex. No hay necesidad de todo esto.

—No, Lía. No me pondré de pie solo para escuchar que ya no quieres nada conmigo.

La oí suspirar y sus manos acariciaron mi pelo.

—Prometo no volver a causar problemas, Lía —intervino Laura—. Si dejas a Alex, jamás me lo perdonaré, él tampoco me lo perdonará y mucho menos Elenita. Está furiosa... ya sabes que se parece a su padre.

Lía sonrió y levanté el rostro.

—Me volverás loca... —le susurró—. Primero quieres espantarme y ahora quieres obligarme...

—¡Nunca quise espantarte! Solo quería fastidiarte un poco. ¿Quién soportará a Alex si no eres tú?

—Sí, Lía. ¿Quién me querrá y soportará en la misma medida? —insistí.

—Ya, Alex. Levántate... —pidió.

Me puse de pie, ansioso por lo que diría.

—Te amo, Alex.

—Eso quiere decir que ¿la boda no se cancela? —pregunté esperanzado.

—Me casaré contigo, pero bajo mis condiciones y eso te incluye a ti, Laura —explicó Lía.

—Lo que pidas —respondió mi ex mujer y le agradecí en silencio por ayudarme a resolver el problema—. Te prometo que no te arrepentirás.

—Eso espero, Laura. Y también deseo que encuentres a alguien que te ame y puedas ser feliz.

—Eres demasiado buena, Lía. Pero no pidas milagros.

—Todos merecemos ser felices —insistió Lía—. Laura, ¿te importaría regresar sola a la ciudad? Quiero quedarme aquí, al menos un día más.

—Siempre y cuando prometan que se presentarán a la boda.

Le lancé las llaves de mi coche a mi ex esposa y ella, guiñándome un ojo, se marchó.

Abracé por la cintura a Lía, quien tenía los ojos inflamados de tanto llorar. En mi corazón se formó un enorme nudo y por primera vez no supe qué hacer o decir.

—¿Qué tienes en mente, cariño? —fue lo único que se me ocurrió decir.

—Quiero que me convenzas de perdonarte... en la cama, Alex.

—Entonces, dependerá de mi desempeño para concederme tu perdón... —concluí, levantándola entre mis brazos y besando sus labios.

—Convénceme, Alex. Convénceme de no dejarte plantado en el altar.

Y así, poniendo mi mejor empeño, le hice el amor hasta convencerla de decirme de nuevo que sí.

